

El contexto ineludible: las armas y las letras en los *Comentarios Reales de los Incas*

Alexis Reto Agurto †

Universidad de Piura

Tras los cuatrocientos años de la publicación de la primera parte de los *Comentarios Reales de los Incas*, podemos seguir interrogándonos acerca del autor y su obra. Es difícil realizar un estudio del Inca Garcilaso de la Vega sin ubicarlo dentro de las circunstancias sociales, políticas y culturales en que vivió, y se desarrolló como persona, en ambos mundos, como mestizo, como peruano. También resulta necesario relacionar su vida con el plano literario de su obra, con la subjetividad de su relato histórico. Ambos planos son inseparables: en el primero, se refleja el afán y la pasión que mostraba para recrear la verdad de los asuntos como constructora de la identidad, y en el segundo, la influencia del pensamiento y técnicas de su época, fruto de su aculturación en España, y reflejado en su selecta biblioteca.

De esta manera, creo que es interesante advertir la relevancia del tópico de las armas y las letras en algunos pasajes de los *Comentarios Reales*; en esa búsqueda de la idealización del Imperio Inca, de sus valores personales y de la concepción de batallar, por el lado de las armas. Y eso junto a sus ideas sobre las letras, la traducción, las relaciones entre la oralidad y la escritura, su preocupación lingüística por el quechua, y la valoración de las fábulas que se habían creado para engrandecer al imperio, por el lado de las letras. Además, trataré de demostrar que esa concepción de las armas y las letras tiene mucho que ver con los propósitos personales del Inca Garcilaso y muy especialmente con determinadas circunstancias de su vida.

Todos estos datos se irán entrelazando con la aceptación del sentido humanístico de su obra, reflejo de su profunda formación cultural, propia de los mejores escritores clásicos. Cuando ya a fines del siglo XIX se empieza a cuestionar la veracidad de muchas páginas del Inca Garcilaso, José de la Riva Agü-

ro ofreció entonces un memorable discurso: *Elogio del Inca Garcilaso en el tercer centenario de su muerte* (1916) en que delineaba la que para él era la característica más valiosa de la obra y figura del Inca: su latinismo, es decir, su completa integración al universo cultural renacentista, puesto que integró de manera magistral el idealismo platónico, los conceptos del amor y la honra, la búsqueda de lo equilibrio en lo diverso, en las armas y en las letras, en el docere y el delectare, así como su visión historiográfica providencialista y moralista propias de su época.¹ Esta dimensión renacentista de Garcilaso sería destacada luego por Luis Arocena² y muy especialmente por José Durand, en un famoso ensayo titulado justamente *El Inca Garcilaso, clásico de América* (1953).³ El propio Durand y otros, especialmente Aurelio Miró Quesada irán desentrañando las fuentes de donde el Inca fue absorbiendo esas ideas neoplatónicas.⁴

Siguiendo esta línea, Mercedes Serna ha destacado recientemente el papel de los jesuitas en este mundo de ideas, pues su ideario espiritual y su concepción antropológica explican gran parte de los presupuestos y de las intenciones presentes en la obra del Inca, que están también en la base de su oposición a las leyes nuevas.⁵

González Vigil ratifica su condición de literato clásico, no sólo por su formación intelectual acorde con la época, sino también por su adecuación a los fines literarios de las culturas grecolatinas: "Su formación principal procede del clima cultural de los dos primeros tercios del siglo XVI: el Renacimiento (más el italiano que el español), con el deseo de ser un autor de la talla de los clásicos de la antigüedad (diestro en el arte y en la verosimilitud, con obras que no sólo "deleiten", sino "enseñen)".⁶

El indigenismo intentará también desde los años 30 del siglo XX reinventar a un Garcilaso menos europeizado y más afín al revisionismo que trataría de hundir la identidad peruana a partir de sus bases nativas. Serán Luis E. Valcárcel y Daniel Valcárcel, entre otros, quienes emprendan una reinterpretación que se concentra en la expresión afectiva de los *Comentarios Reales* en relación con el universo indígena, para concluir que la subjetividad del Inca era más afín a la sensibilidad andina que a la española. Esta línea de pensamiento se actualiza

¹ Pronunciado en la Universidad de San Marcos el 22 de abril de 1916, se ha reproducido en diversos lugares. Ver José DE LA RIVA-AGÜERO, *Obras Completas*. Recopilación y notas de César Pacheco Vélez y Alberto Varillas Montenegro, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1962, tomo II, pp. 1-62.

² *El Inca Garcilaso y el humanismo renacentista*. Buenos Aires, 1949.

³ Incluido ahora en José DURAND, *El Inca Garcilaso de América*. Lima, Biblioteca Nacional del Perú, 1988, pp. 31-38.

⁴ *El Inca Garcilaso y otros estudios garcilasistas*. Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1971.

⁵ Mercedes SERNA, "La tradición humanística en el inca Garcilaso de la Vega", y "Pensamiento medieval y renacentista en el Inca Garcilaso de la Vega", ambos en Biblioteca Virtual Cervantes (2009). Ver también "El Inca Garcilaso de la Vega: la "ley natural" frente a las "leyes nuevas", en *Mercurio Peruano*, 527-528, (2014-15), pp. 89-111.

⁶ Ricardo GONZÁLEZ VIGIL, *Comentemos al Inca Garcilaso*. Lima, Ediciones Copé, 2000, p. 21.

ahora en el pensamiento de José Antonio Mazzotti, que observa en el texto una polifonía de coros mestizos entre las que afloran subrepticamente las voces de los antepasados indígenas.⁷

Christian Fernández plantea incluso una posible conexión entre el cambio de nombre que opera Gómez Suárez de Figueroa, hijo natural del capitán Sebastián Garcilaso de la Vega (que reconoce a su hijo tanto en vida como en su herencia), con la costumbre andina de los cambios de nombre en determinadas edades de la vida humana.⁸

El contexto ineludible

El *Diccionario* define *contexto* como “el entorno físico o de situación, en el cual se ubica un hecho determinado”; e *ineludible* como “aquello que no se puede eludir”. El Renacimiento supuso una Edad de Oro, en la que el hombre adoptó una nueva actitud ante el saber. El conocimiento de sí mismo acerca a Dios y perfecciona al ser humano; por eso, en el saber ocupan un lugar trascendental las artes liberales. El saber se plantea como un requisito imprescindible del hombre renacentista, encarnado por el cortesano de Baltasar Castiglione. Los *studia humanitatis* favorecerán la conquista de las habilidades necesarias para la política y los negocios; el latín y la lectura de los poetas clásicos favorecerán su imitación, para alcanzar así la gloria imperial.

Este es el mundo que el Inca Garcilaso de la Vega empieza a conocer de oídas junto a su ayo, Juan de Alcobaza, quien le enseñó a leer y escribir, y al canónigo Juan de Cuéllar, quien le inició en la gramática y en el latín, importantes conocimientos que se sumaron a los históricos y tradicionales que aprendió al lado de sus parientes maternos. Sin embargo, el ingenio del Inca exigiría una educación más esmerada, que sólo podría lograr en España tal como sugería su tutor, Juan de Cuéllar, y el padre ratificaría en su testamento, asignándole una cantidad de dinero para que vaya a estudiar.

Y así llegó el momento de la partida. Salió del Cusco el 20 de enero de 1560. Llegó a Sevilla, de donde se dirigió luego a Extremadura para conocer a sus parientes paternos y después a Montilla donde quedaría bajo la protección de su tío Alonso de Vargas y Figueroa.

El motivo que lo había llevado a España de repente queda olvidado ante el interés primario de conseguir la restitución del honor de su padre ante la Corona. Este proceso será largo, y llegará a su fin cuando Lope García de Castro, integrante de la Comisión de Indias, desbarate sus deseos acusando a su padre de traidor al Rey, por haber cedido su caballo al rebelde Gonzalo Pizarro.

⁷ José Antonio MAZZOTTI, *Coros mestizos del Inca Garcilaso. Resonancias andinas*. Lima, Fondo de Cultura Económica, 1996.

⁸ Christian FERNÁNDEZ, *Inca Garcilaso: Imaginación, memoria e identidad*. Lima, Universidad de San Marcos, 2004.

El mismo Inca Garcilaso relata dichas palabras altivas y humillantes: “Tiénelo escrito los historiadores ¿y queréis vos negarlo?” (2008: 31).

¿Qué pensaría Lope de Castro? ¿Quién era aquel joven Gómez Suárez en ese entonces? Se trataba solamente de un mozo huérfano, un mestizo recién llegado de Indias, un joven con algunos parientes notables. ¿Qué educación podría haber recibido en el Cuzco para que su criterio se confrontara con el de los historiadores reales de las Indias como el Palentino, Acosta o sobre todo López de Gómara?

¿Qué sabía él? El Inca Garcilaso había nacido en plena conquista, había visto cómo su mundo se transformaba y, en palabras de Raúl Porras Barrenechea, “el Cuzco le enseñaba diariamente su formidable lección de piedra”.⁹ Sirvió dos años de escribiente a su padre, cuando este era Corregidor y Justicia Mayor del Cuzco. Acaso no tenía la autoridad suficiente en aquellos asuntos. Tal vez fuera en aquel momento, cuando comprendió que necesitaba forjarse un lugar en ese nuevo contexto al cual no podía o, realmente, no quería eludir.

El Inca Garcilaso quiso regresar a Perú y logró el permiso respectivo; sin embargo, no llevó a cabo el viaje. Para Aurelio Miró Quesada hay una razón contundente para decidir su permanencia definitiva en España: “es posible que entonces, decepcionado y fatigado de su estancia en la Corte, el hijo de Garcilaso decidiera volver al Perú. (...) pudo haber viajado después, ese mismo año, en el galeón que zarpó de Cádiz en octubre y que llevaba a nombre de Dios al nuevo Gobernador del Perú, Licenciado Lope García de Castro. ¿No sería esto mismo un motivo de fuerza para cambiar de idea, ya que si García de Castro había desbaratado sus pretensiones en el Consejo de Indias, no era el gobernante más adecuado para favorecerlo en el Perú?”.¹⁰

Pues así como afirma Carlos Valcárcel, “en lugar de transformarse en un pedigüeño más, retrocedió para luego avanzar con gran fuerza por una difícil

⁹ Agrega: “contemplaba la fortaleza de Sacsayhuamán, recorría sus laberintos internos con ayuda de un oவில், asistía a las fiestas de los indios para brechar la tierra o celebrar las cosechas con sus cantos y taquis, contaba los tributos de las encomiendas de sus padres en los quipus lanudos y calientes ... y un día presencié la extracción de momias de sus antepasados de los Incas... y en el alma del doncel español el filtro mágico de la melancolía indígena se fue deslizando”. Ver Raúl PORRAS BARRENECHEA, *Inca Garcilaso de la Vega. Recuerdos, infancia y juventud*. Lima, Patrimonio del libro peruano, 1957, p. 14.

¹⁰ Ver *El Inca Garcilaso y otros estudios...*, p. 109. Este momento crucial no ha pasado desapercibido para los estudiosos garcilasistas, quienes lo denominan de una manera muy peculiar en cada uno de sus escritos: Carlos VALCÁRCEL, en su libro *Garcilaso, el inca humanista*, lo presenta con el subtítulo: “Éxodo y readaptación”; Aurelio MIRÓ QUESADA, en *El Inca Garcilaso*, denomina a esta etapa “El bien perdido y la honra mancillada”; R. GONZÁLEZ VIGIL, en *Comentemos al Inca Garcilaso*, presenta el subtítulo: “Un peruano en España”...

senda nueva”, en la que seguramente los motivos serían: las armas o las letras o, por qué no, la dos.¹¹

Si el padre lo mandaba a estudiar era porque en el Perú no había cómo estudiar y cómo hacerse clérigo. Pero José Durand determinó que antes de dedicarse a las letras, el Inca Garcilaso habría pensado en conseguir sus objetivos personales a través de las armas, influido grandemente por el espíritu español de hidalgo, ansioso de fama y reconocimiento, además de la gran afición a los caballos y a las armas que trajeron al Perú los españoles, y su primera vocación “se orientó probablemente, como lo demuestra este amor continuado por las armas, hacia la gloria, según el ideal natural, primero del hidalgo español”.¹²

El Inca Garcilaso y el arte de la guerra

El Inca Garcilaso, desde su nacimiento hasta su juventud, estuvo constantemente relacionado con la guerra, y creció y se educó, como él mismo confiesa, “en el mayor fuego de las guerras de mi tierra, entre armas y caballos, pólvora y arcabuces, de que supe más que de letras” (II, XXVII). Vivió en medio de la conquista española, pero también con sus tíos incas con quienes iba recordando ese pasado victorioso que configuró un gran imperio de cuatro territorios: Tahuantinsuyo. Y ya en España, estuvo alistado en el ejército real, bajo las banderas de don Juan de Austria en el año 1564, sirviendo primero en Navarra y pasando después a Italia, donde se cree que aprendió el italiano que le ayudaría a traducir a León Hebreo.

José del Carmen Marín, uno de los primeros interesados en el aspecto militar de la obra del Inca Garcilaso, determina desde su punto de vista un tipo específico de preparación propia de épocas de conquista, caracterizada por la escasez de instrumentos bélicos y consistía en ser buen jinete y diestro en el manejo de la lanza y la espada.

El general Marín concluye, sin embargo, que la amplitud de conocimientos bélicos del Inca Garcilaso, especialmente los que pueden encontrarse con facilidad en la segunda parte de los *Comentarios* y en *La Florida* revelan otras fuentes de información, como parte de una cultura esmerada.¹³

Y pudo estar más enterado de la guerra e incluso especializado en esta, debido a que “en la Europa de los siglos XV y XVI, la gran cantidad de conflic-

¹¹ Carlos VALCÁRCEL, *Garcilaso, el inca humanista*. Lima, Universidad de San Marcos, 2005, p. 51.

¹² José DURAND, “Garcilaso y su formación literaria e histórica”, en *Nuevos estudios sobre el Inca Garcilaso de la Vega. Actas del symposium realizado en Lima del 17 al 28 de junio de 1955*. Lima, Centro de Estudios Histórico-Militares del Perú, 1955, p. 225.

¹³ *Ibid.*, p. 211.

tos bélicos convirtieron el arte de la guerra en un importante campo de estudio para cualquier hombre culto".¹⁴

Desde la misma época medieval se fueron asentando las bases de la revolución militar que se produjo en el Renacimiento y pudo haber influido en la visión bélica del Inca Garcilaso. La función guerrera del noble desde la época medieval estaba relacionada con el orden social, la consecución de nuevos territorios y el reconocimiento nobiliario, que en los estados modernos significaría el acceso a importantes responsabilidades en el cada vez más complejo aparato cortesano. La profesión de las armas seguía siendo "el oficio más noble del mundo", y era el principal camino por el que se obtenían títulos de nobleza y posiciones ventajosas.¹⁵

El Renacimiento plantea pues una serie de cambios, muy bien descritos por Nicolás Maquiavelo, en *El príncipe* (1513) y *El arte de la guerra* (1521). Propone la búsqueda de un nuevo hombre que sea tanto militar como político. Los príncipes tenían la necesidad de formarse en el arte de gobernar, pero también en el de la guerra.¹⁶

El Inca Garcilaso reúne el conocimiento procedente de sus vivencias en América o España, a la lectura de diversos tratados y de las grandes epopeyas clásicas como la *Eneida* de Virgilio, numerosas crónicas y relaciones de la conquista, así como libros de caballería. Sin duda, estas fuentes serían fundamentales, además de la visión histórica que seguiría de manera paradigmática de los *Comentarios* de Julio César o de las crónicas españolas, para rememorar los acontecimientos que le fueron sucediendo a cada uno de los incas en sus reinados, y a los españoles en los primeros años de conquista.

Manco Cápac: origen y fines del guerrero inca

El mito de Manco Cápac y Mama Ocllo cuenta que salieron del lago Titicaca para fundar un imperio y civilizar a las comunidades andinas, que vivían en total estado salvaje. Manco Cápac, fiel a su misión, necesitaba crear una estructura organizativa, social y política, en la que no podía faltar un ejército abastecido de armas para defenderse de cualquier ataque o para emprender las conquistas que dicha misión le exigía:

tenía gente de guerra armada y adiestrada para defenderse de quien quisiese ofenderlo, y aun para traer por fuerza a quienes no quisiesen venir de buen grado (I, VII).

¹⁴ Ricardo CASTELLS, "La modernidad y el arte de la guerra", en *Bulletin of the Cervantes Society of America* 28.2, 2008, pp. 41-55, cito p. 45.

¹⁵ Ver Javier SALAZAR RINCÓN, *El mundo social del Quijote*. Madrid, Gredos, 1986, pp. 128-129.

¹⁶ Ver Manuel PRENDES GUARDIOLA, "La idea del príncipe en Maquiavelo y Gracián", en *Mercurio Peruano*, 523 (2010), pp. 73-122.

Algunas de estas armas (arcos y flechas, y lanzas) eran más propias de los griegos y troyanos de la Iliada. En cuanto a la descripción del Inca se acerca más al modelo de *pietas et virtus* de Eneas, lo que muestra la influencia de la lectura de Virgilio sobre Garcilaso. Manco Cápac debía ser sabio, manso, piadoso y prudente, ejemplo de príncipes que en su testamento aconseja que:

fuesen mansos y piadosos, que redujesen a los indios por amor, atrayéndolos con beneficios, no por la fuerza, pues los forzados no serían nunca buenos vasallos (...). Y en suma que en sus virtudes mostrasen que eran hijos del dios sol (I, XXV).

Un consejo realmente digno del buen entendimiento al que se aferraba don Quijote de la Mancha. Además, el guerrero inca debía mostrar otra característica: ser agradecido con sus dioses, especialmente con aquel que había favorecido su existencia y su posicionamiento real, a través de la llegada del hombre venido del cielo como lo consideraban a Manco Cápac.¹⁷

Así se configurará en un héroe distinto, principio de toda una civilización digna de ser recordada por su capacidad de conquista, adoctrinamiento religioso y sentido de unificación. Toda una figuración épica del imperio incaico, hecha a propósito de compararse con los demás imperios de la antigüedad, por eso Garcilaso se propone dar cuenta “de las gloriosas empresas de los Incas que pudieran competir con los Daríos de Persia, Ptolomeos de Egipto, Alejandro de Grecia y Cipiones de Roma” (Prólogo).

En ese prólogo de la segunda parte, el Inca Garcilaso equipara a Manco Cápac y a los guerreros incas con los mayores conquistadores de la historia universal, todos con particulares estrategias de guerra y una gran fama que les había permitido, aún después de muertos, trascender los límites espaciales y temporales. Es clara su intención: integrar a los incas en el proceso evolutivo de las primeras poblaciones de la historia humana, en las que la guerra había cumplido un papel imprescindible para su subsistencia, extensión y desarrollo cultural.

Las grandes conquistas y los valores caballerescos

La guerra está relacionada con el desarrollo cultural y el tipo de gobierno que los seres humanos han ido forjando a lo largo de su existencia. Así, si se tiene que ubicar las conquistas de los incas narradas por el Inca Garcilaso según las clasificaciones de la Enciclopedia del arte de la guerra de Martínez Teixidó,

¹⁷ Algunos historiadores cuestionan su existencia: “Es un personaje histórico, pero nublado de aditamentos mitológicos y legendarios que él mismo y sus proseguidores en el mando se preocuparon en fabricar y divulgar.” Ver Waldemar ESPINOZA, *Los incas. Economías, sociedad y estado en la era del Tahuantisuyo*. Lima, Amaru, 1997, p. 47.

estas se encontrarían entre las guerras imperiales y no entre las guerras primitivas, tal y como se las describe a continuación:

Los imperios se constituyen por la anexión de los territorios, como resultado de una guerra victoriosa. Son el triunfo de la disciplina sobre la valentía turbulenta, y de la economía y el método sobre la improvisación y el instinto.

Desde el punto de vista del Inca Garcilaso, las conquistas de los primeros pueblos se obtenían con victorias, y estas se conseguían con una gran cantidad de guerreros, y por un puro instinto de preservación y poder. En este sentido, las conquistas proveen nuevos territorios y extensión de su poder y civilización. Sin embargo, se diferencian respecto del arte de la guerra en el mundo clásico en que el inca gobernante irá integrando de manera progresiva y necesaria el arte de la guerra que exigiría fundamentalmente una mejor disposición personal para batallar: sentada no en la impulsividad sino en la prudencia, y no en el ataque sino en la defensa, a pesar de que este método no logrará siempre sus fines. Así como se relata en la batalla entre Maita Capac y los collas:

El Inca (Maita Capac), por no venir a la batalla, sino a seguir su conquista como hasta allí la había llevado, envió muchas veces a ofrecer a los enemigos grandes partidos de paz y amistad mas ellos nunca los quisieron recibir. Antes, día a día se hacían más desvergonzados que les parecía que los partidos que el Inca les ofrecía... todo era temor que les había cobrado. (III, V)

Y aún más: se le exige al líder inca disciplina y una voluntad inquebrantable de misión civilizadora y benefactora de sus antepasados. Incluso cuando esté en riesgo su linaje y reputación, tenderá hacia el bien de las demás comunidades y moderará sus actos e instintos con su razón:

El Inca templaba el enojo de los suyos con decirles, que por imitar a sus antepasados y por cumplir el mandato de su padre el sol que mandaba mirarse por el bien de los indios, deseaba no castigar aquellos con las armas. Que aguardasen algún día sin hacerles mal ni darles batalla, a ver si nacía en ellos algún conocimiento del bien que les deseaban hacer. (II, V).

Sin embargo, a pesar de su prudencia ejemplar, el inca Maita Cápac también se unirá a la batalla como líder, poniendo de relieve así la participación honrosa y noble que representaba el arte de la guerra, incluso para él como Inca gobernante y capitán:

En esta porfiada batalla estuvieron todo el día sin cesar. El inca se halló en toda ella entrando y saliendo, ya a esforzar los suyos haciendo oficio de capitán, ya a pelear con los enemigos por no perder el mérito de buen soldado. (II, V):

La virtud y reconocimiento de la intervención en las batallas es una idea apoyada por algunos historiadores. En el Estado Inca, dice Murúa, se tenía mucho aprecio por “el ejercicio de la milicia”, como “el más grave y noble de todos”.

Inevitablemente, esta actitud del líder inca rememora los valores caballescicos, aún vivos en el tiempo del Inca Garcilaso, quien también parece haberlos utilizado en esa idealización del guerrero inca. Se los imaginan con los mismos fines que las leyes de la cortesía le asignan a la Orden de Caballería:

El caballero al recibir las armas, queda obligado a defender la fe cristiana, la sociedad y el estado; a proteger a los débiles, las mujeres y los niños; y a practicar la valentía en el combate, el odio al atropello, la magnanimidad con el débil, el respeto inquebrantable a la fe jurada y el culto a la mujer.¹⁸

El ingenioso hidalgo don Quijote lo reitera en el capítulo 11 de la primera parte: “Se instituyó la orden de los caballeros andantes, para defender las doncellas, amparar las viudas y socorrer a los huérfanos y a los menesterosos”.¹⁹ En esa visión ideal tan propia del Renacimiento, el Inca Garcilaso de la Vega nos muestra que los incas también conocieron la vida caballescica traducida en una sola palabra, *huaracu*, término quechua que significaría algo así como “armarse caballero”. Y que en este periodo de preparación fue cuando el Inca Cápac Yupanqui aprendió los valores caballescicos que luego aplicaría en su visión política, social y religiosa de la guerra:

No había venido allí, sino a quitar sinrazones y agravios, y a enseñar a todas aquellas naciones bárbaras a que viviesen en ley de hombres y no de bestias y a mostrarles el conocimiento del dios sol. (III, X).

Esto mismo realiza el Inca Maita Cápac con su pueblo, aunque en estas circunstancias, no ligado al momento de batallar, sino de gobernar: “Él se dedicó a sus leyes y ordenanzas para el buen gobierno del reino con particular cuidado para pobres, viudas y huérfanos” (III, VIII). De este modo, los valores caballescicos, militares y de gobierno fueron transmitiéndose a través de generaciones, sucediéndose paulatinamente y dejando lo primero para los primogénitos y lo segundo para los padres, ya ancianos; como se aprecia en la siguiente cita:

Túpac Yupanqui (...) envió por su hijo primogénito, llamado Huaina Cápac, que era el príncipe heredero para que se ejercitase en la milicia (...). Este príncipe reforzó la guerra y fue ganando el reino poco a poco, ofreciendo siempre la paz y amistad que los incas ofrecían en sus conquistas. Túpac Yupanqui, viendo la buena maña que el príncipe daba a la guerra, volvió del Cuzco, para atender al gobierno de su Imperio, dejando a Huayna Cápac absoluto poder sobre la milicia. (VIII, VII)

Entonces se va uniendo al arte de la guerra el arte de gobernar. El Inca Garcilaso, fiel a la visión de guerrero y gobernante de Maquiavelo, busca asemejar ésta al gobierno de los incas. La política se transfigura en el eje direc-

¹⁸ Javier SALAZAR RINCÓN, *El mundo social...*, p. 140.

¹⁹ Miguel de CERVANTES, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Edición de John Jay Allen. Madrid, Cátedra, 2004, p. 53.

nal de todas las conquistas, que exigirían no sólo dominio, sino también enseñanza a las nuevas comunidades. Así como ya lo profesaba el Inca Lloque Yupanqui desde los inicios:

Considerando que los incas eran enviados por el dios Sol a la tierra para que sacasen a los hombres de la vida ferina que tenían y les enseñasen la política (II, XIX).

El arte de la guerra permitió a los incas formar un gran imperio histórico, digno de alabanzas y fábulas de los amautas, orgullo para el pueblo, extensión de sus enseñanzas y de su misión civilizadora. Sin embargo, estaba penosamente condenado al paso de la nostalgia efímera del tiempo, vagando en el recuerdo a veces inestable de la memoria, sin el arte de la escritura y la ausencia de algún manuscrito que habrían sido fieles defensores de su identidad y reconocimiento.

Ante esta necesidad, el Inca Garcilaso quizá concluiría que el primer camino tomado, las armas, no era suficiente. Y por eso, nos comenta Carlos Valcárcel, “buscó el modo de contribuir con la pluma y sin la espada”,²⁰ o, como afirma González Vigil, “su proyecto vital incluía el campo de la pluma.”²¹

Incas sin letras, pero no incultos

Las letras, que desde la Edad Media habían sido sinónimo de cultura, constituían para esos inicios del siglo XVI, un creciente estamento social.²² Tener conocimientos sobre escritura equivalía a ser culto. Entonces, las calificaciones europeas de bárbaros y de incivilizados eran de esperarse: una cultura sin letras no era cultura.

La expresión oral había sido una de las primeras formas de la expresión humana, pero condenada a ser esporádica y perecedera. Debido a esa preocupación por difundir el saber a través de la escritura y en una lengua específica, el latín, a la cual se le terminó brindando un status de preeminencia en relación a la expresión de las lenguas vernáculas (muchas de ellas sólo orales, como el quechua), consideradas desde un principio como vulgares. La expresión escrita del lenguaje era la medida de las posibilidades de cada ser humano y su colectividad. Lo escrito seguía demostrando la formación, ascensión social y riguro-

²⁰ *Garcilaso, el inca humanista*, p. 54.

²¹ *Comentemos al Inca Garcilaso*, p. 34.

²² “En la primera mitad del siglo XVI no sólo se da vigorosamente en los letrados la conciencia de formar un estamento muy caracterizado, sino que sirviéndose del gran instrumentó de difusión que tienen en sus manos, las letras, la han propagado a los que por pertenecer a otros grupos no estaban implicados en su peculiar destino”. José Antonio MARAVALL, *Estudios de historia del pensamiento español*. Madrid, Instituto de Cultura Hispánica, 1967, p. 380.

sidad académica de las personas, debido a que “la virtud de las letras se había constituido en dispensadora de la fama”.²³

Para los incas, no tener escritura era otro aspecto en contra de su verdadero reconocimiento. Habiendo dejado atrás su etapa oral, el espanto de un nuevo mundo iletrado llegó con gran controversia a Europa. De allí que el Inca Garcilaso, consciente de esto, lo presente contrastando lo logrado y tratado por los incas, a pesar de no contar con un medio escrito: “No hay que espantarnos de que gente que no tuvo letras para conservar la memoria de sus antepasados, trate de aquellos principios tan confusamente” (I, XVIII).

El Inca Garcilaso reconoce las posturas lingüísticas de la época, o lo que Alberto Escobar denominaría los dos prejuicios lingüísticos europeos: “pretender que el latín encarne el modelo de lengua por excelencia” e “insistir en el carácter primitivo de las lenguas cuyos hablantes no desarrollaron un sistema de escritura o no alcanzaron un desarrollo literario”.²⁴ El Inca identifica estas concepciones; sin embargo, no las acepta de manera sumisa, sino que trata de adecuarse a estas de manera sincrética.

Los incas no tenían letras, pero no eran incultos. Indagaban sobre sus orígenes e inventaban historias que reflexionaban sobre sus interrogantes existenciales y religiosas. Carecer de letras no fue un obstáculo para su realización imperial ni impidió la misión espiritual y política de Manco Cápac.

Los *Comentarios Reales*, tras esta visión utópica y renacentista del Tahuantinsuyo, esconden también un interés antropológico que retrata una nueva imagen del inca humanizado, equiparado a cualquier otra persona aunque no sea de su mismo origen geográfico. El Inca Garcilaso llegaba tarde a los debates abiertos tras la conquista, pero a tiempo para defender las capacidades de los indios para aprender. Así lo reconoce González Vigil:

Garcilaso confía en el potencial humano, moral y cultural de nuestros indios y mestizos. (...) La verdad es que el Inca resulta la prueba contundente de dicho potencial y dicha conquista creativa.²⁵

Desde este momento se presenta la idea de necesidad de una educación instituida, de la universalidad de los conocimientos, de la nobleza de la instrucción letrada. Se recalca la apertura del mundo entero, la cultura y las artes a los indios nobles dispuestos intelectualmente a seguir el camino de la instrucción, como el que el mismo inca inició en su juventud junto a otros discípulos del canónigo Juan de Cuéllar, de quien surge la idea de llevarlos a la universidad. ¿No se hallaría aquí el germen de una inquietud que sería parte del imaginario

²³ José Antonio MARAVALL, *Estudios...* p. 378.

²⁴ Alberto ESCOBAR, *Lenguaje y discriminación social en América Latina*. Lima, Milla Batres, 1972, p. 46.

²⁵ *Comentemos al Inca Garcilaso*, p. 211.

nacional posterior, y que se retrataría en escritores como Mariátegui, González Prada y José María Arguedas?

Ante los hombres de letras, hombres fabuladores

El modelo cortesano armonizaba armas y letras: “ora con la pluma ora con la espada”, poetizaba el pariente toledano del Inca. Cervantes luchó en la batalla de Lepanto antes de convertirse en el mejor referente de la narrativa española. Los infinitos combates de la época favorecían a la aparición de más poetas-soldados que prodigaban las acciones memorables evocadas real o imaginariamente con algún interés particular hacia la benevolencia del reinado.

Por su parte, los incas no tuvieron escritura para copiar o transcribir a la historia de su patria, la creación fantástica o su cosmovisión de la vida, pero fueron grandes fabuladores. Narradores orales que entremezclaban la realidad con la ficción, porque su existencia se había entretejido así, orgullosos de descender de un hijo del dios Inti, alentados e intimidadores con las hazañas de cada uno de los valerosos incas que fueron forjando su gran Imperio, fieles a una causa religiosa que los conectaba con el mundo de los vivos, de los muertos y el mundo celeste.

Raúl Porras Barrenechea considera que, para los incas, las fábulas eran una afición, una vocación narrativa que también habría sido claramente identificada y evidenciada en los Comentarios reales y en otros estudios históricos sobre los incas: “El testimonio de Garcilaso y las leyendas recogidas por los cronistas post-toledanos y los extirpadores de idolatrías confirman esta vocación narrativa. Los incas amaron particularmente el arte de contar”.²⁶

Ante la fugacidad de los relatos orales y ante la relevancia de estos para su pueblo, el Inca Garcilaso decidió textualizarlos o, como lo expresa Christian Fernández de manera similar: “El encuentro entre la voz y la letra y el privilegio de esta última sobre la primera dará inicio en los Andes a lo que quisiera llamar la textualización de la memoria andina”.²⁷

Insertar todo ese legado en el pensamiento europeo, adecuándose a la prestigiosa visión de las letras, en una misión casi trascendente no sólo de lo escrito, sino también de sus protagonistas: los incas y su imperio. Fue una decisión concordante con la idea humanista de la democratización de la cultura y de su transformación redentora; tal y como comenta también Mercedes Serna:

El humanismo entiende que es la razón y su instrumento la palabra, lo que eleva al hombre por encima de la bestia. Es más, la razón y la palabra conflu-

²⁶ Op. cit, pp. 34-35.

²⁷ Christian FERNÁNDEZ, *Inca Garcilaso: Imaginación...* p. 134.

yen en las letras y estas son, por tanto, la prueba definitiva de que se es realmente hombre.²⁸

Las letras, la oralidad y la traducción del quechua

La lengua fue uno de los principales retos para la conquista y la cristianización de los incas. Al principio, los métodos fracasaron, y los resultados tardaron en conseguirse. La misma intervención del indio Felipillo aparece como falsa y parcial ante los ojos del Inca Garcilaso. Entonces, era necesaria la presencia de un traductor neutral, de un personaje que conozca ambos mundos no sólo de manera idiomática, sino también espiritual. Aquel que hubiese podido facilitar esa sucesión de poderes de incas a españoles y habría logrado de modo más favorable la adopción de la religión católica.

Esta preocupación por el Imperio Incaico, y su valoración en todas sus dimensiones, llevaría al Inca Garcilaso a plantearse la necesidad de un estudio filológico, descriptivo y aclaratorio del uso e interpretación de la lengua quechua, para así favorecer también la verdad sobre los incas. Y por eso, a juicio del reconocido lingüista peruano Alberto Escobar, trata de “restituir la a través de la recta comunicación y de la justa equivalencia entre lo intrincado del lenguaje y lo complejo de la historia.”²⁹ El Inca en su lugar, como mestizo, primer criollo o humanista, no podía pasar por alto una serie de factores que afectaban tanto a su lengua natal, el quechua, como a la historia de sus antepasados incas. Escobar relaciona de manera clara las consecuencias directas y su influencia en los dos planos nombrados anteriormente: “La consecuencia se revela inmediatamente en la lengua, en ‘la corrupción de vocablos’ y de manera mediata en la historia, en ‘la desfiguración de la verdad’”.

La representación escrita de la lengua quechua a través los *Comentarios reales* se convierte en un objetivo lingüístico-histórico, pero también cultural y social en el que la influencia del humanismo es patente, tal como lo afirma Mercedes Serna:

Los humanistas se preocupan por el contenido, la forma y la transmisión de sus obras. Se rechaza el corrompido latín medieval para acudir al latín primitivo, el de los clásicos, el verdadero. La fidelidad se convierte en un concepto fundamental.³⁰

Entonces, a partir de aquella idea determinante de Mercedes Serna, la fidelidad se convierte en un concepto fundamental. El Inca Garcilaso busca una

²⁸ Mercedes SERNA, “La tradición humanística...”

²⁹ Alberto ESCOBAR, *Lenguaje y discriminación*, p. 150.

³⁰ “Pensamiento medieval y renacentista en el Inca Garcilaso de la Vega”, en *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*, 2009. Disponible en <http://www.cervantesvirtual.com/obra/pensamiento-medieval-y-renacentista-en-el-inca-garcilaso-de-la-vega-0/>

traducción lo más verdadera posible en la que corregirá o aclarará aquellos datos o denominaciones recogidas por los cronistas españoles, ampliando su uso posterior o importancia histórica y geográfica. La traducción se plantea como un puente de unión en el conocimiento mutuo entre españoles e incas, con ese sentido sincrético que característica de la naturaleza mestiza de su autor, pero también de la influencia humanística de su contexto. Por esto, también, entabla la semejanza entre el quechua y el latín, en bien de conseguir la trascendencia y valor en el pasado y para el porvenir de su lengua natal. El quechua era la lengua de corte en el Imperio incaico, lo que permitía hacerse a los incas de un prestigio social y cultural como sucedía con el latín para los europeos renacentistas. Garcilaso destaca esa capacidad de mejoramiento y de transformación del conocimiento y poder de esta lengua: “les hace más agudos de entendimiento y más dóciles e ingeniosos para lo que quisieren aprender, y de bárbaros los trueca en hombres políticos y más urbanos” (VII, IV).

Un Inca de armas y letras y gran virtud

En la dedicatoria de la segunda parte de los *Comentarios Reales de los Incas*, el Inca Garcilaso recuerda que, antiguamente, griegos y romanos consagraban las armas y las letras a la diosa Palas, a quien –agrega– pensaban debérselas. Sin embargo, ese actuar pagano no queda olvidado, sino que se imita, aunque esta vez, cristianizándolo. Y así, el Inca se consagra a la Virgen María, a la cual se le atribuye la dicha de que las fuerzas españolas hayan podido viajar por mar y por tierra para obtener el dominio de estos nuevos territorios, y, sobre todo, conseguir la conversión de los incas, beneficiosa tanto para ellos mismos como para los españoles, considerando: “por salir, con favor del cielo, vencedores del demonio, pecado e infierno, recibiendo un Dios, una Fe y un Bautismo”.

La conquista de los incas y el uso de las armas reflejan, para el Inca Garcilaso, un proceso civilizador, redentor y reorganizador de la realidad, que continúa el del Imperio Inca sobre los pueblos que todavía no habían encontrado el camino del verdadero Dios: no aquel de los ritos y la naturaleza, sino al que se llega a través de la fe, por medio de la cual entenderán que podrán borrar el pecado original con el bautismo y, asimismo, pertenecer a la religión la católica.

La dedicatoria es la expresión más clara de su devoción hacia la religión católica y hacia la Virgen María, ante la cual, considera que las acciones del hombre cobran sentido y coherencia especial, aún las obras históricas o de otros temas del pensamiento humano que la escritura desvela y sobreguarda a través de los tiempos. Por ello, las letras también deben ser dedicadas a su veneración: “ya mis letras históricas de estas armas, por su autor y argumento debo dedicarlas a tal Titular, que es mi dignísima Tutelar, y yo (aunque indigno su devoto indio)”.

En el prólogo, el Inca Garcilaso agrega al tópico renacentista de las armas y las letras, abordados por la literatura y su época, un factor espiritual que les da mayor trascendencia: “Y porque de virtud, armas y letras suelen preciarse las tierras en cuanto remedan al cielo, de estas tres prendas puede loarse la nuestra, dando a Dios las gracias y gloria”.

El Inca se mostrará como un grato sirviente del arte de las armas, poseedor orgulloso del don de las letras y fiel creyente de la virtud que sólo la religión podía brindarle: tres elementos fundamentales del humanismo renacentista y del ser humano ideal de la época. Además, convierte su tono confesional, en un tono profético, parecido a una proyección política y cultural futura en la que sus principales receptores sean los incas y los argumentos contundentes: las armas, las letras y la virtud, vistas armónicamente, tal y como se aprecia en las siguientes palabras con las que finalizo:

A todos, como a hermanos y amigos, parientes y señores míos, ruego y suplico se animen y adelanten en el ejercicio de virtud, estudio y milicia, volviendo por sí y por su buen nombre, con que lo harán famoso en el suelo y eterno en el cielo.